

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- Editorial* 3 **El bautismo de Jesús**
- Hans Jörg Rigger* 5 **“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”**
- Alberto Espezel* 17 **El Bautismo de Jesús**
- Jean-Pierre Batut* 25 **Para una lectura teológica del bautismo de Jesús**
- Rebeca Obligado* 37 **El bautismo de Jesús en los Padres de la Iglesia**
- Augusto Zampini* 51 **Bautismo. Una apreciación teológico pastoral**
- Joseph Ratzinger* 71 **Pensamientos sobre el lugar que tiene la doctrina y la piedad mariana en la fe y en la teología consideradas integradamente**
- Francisco Bastitta* 83 **¡Queridos jóvenes! En memoria de Juan Pablo II**

EL BAUTISMO DE JESÚS

Alberto Espezel

1. Sinópticos

“Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirlo diciendo: “soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. Jesús le respondió: “Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia”. Entonces le dejó. Bautizado Jesús, salió luego del agua: y en esto se abrieron los cielos y vió al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre El. Y una voz que salía de los cielos decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt. 4, 13-17, cf. Is.42,1). “...tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc.1,11).

“Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo; yo hoy te he engendrado (Lc.3,21-22; cf.sal.2,7)”.

Lucas parece subrayar que tanto el envío del Espíritu Santo sobre Jesús como la voz del Padre eran también visibles y audibles por aquellos que se encontraban allí en el Jordán, y no sólo por Jesús.

El Espíritu viene de un modo visible que recuerda a una paloma. Ambos hechos descriptos, la unción mesiánica del Espíritu y la declaración de Dios Padre sobre Jesús tienen lugar cuando Jesús se encuentra en oración, recién bautizado por Juan Bautista. Es sabido cómo a Lucas le interesa destacar la oración de Jesús al Padre, al Abbá (cf., en este sentido Lc.5,16; 6,12; 9,18; 9,28; 11,1). La apertura del cielo, por su parte, es un tema típico de la literatura apocalíptica.

El Espíritu Santo baja y permanece sobre Jesús. Se trata de una revelación, aún más, diríamos, de una develación o de un transparentarse la íntima relación y vinculación existente entre el Espíritu, Jesús y el Padre. Es Dios mismo quien identifica al Hijo y lo presenta a Israel (Schürmann 191). La palabra divina se dirige a Jesús, aunque todos la escuchan. La palabra divina se dirige vocativamente a Jesús (Lc.3,22 in fine), como en Marcos, (“Tü eres mi Hijo” Mc.1,11) y a diferencia de Mateo, donde adquiere una forma declarativa (“Este es mi Hijo..” Mt.3,17) Narrativamente, Jesús es puesto en una relación o comunicación especial con Dios. Esta demostración divina –respecto a quienes allí se encontraban, respecto a nosotros– apunta a afirmar y mostrar que Jesús es en realidad aquél que ha de bautizar en Espíritu Santo y fuego (Lc.3,16), anunciado poco antes por Juan Bautista. El es el Ungido por el Espíritu, el portador del Espíritu, el Mesías esperado (Lc.1,32.35).El don del Espíritu es signo y expresión del amor especial de Dios que lo hace predilecto

Esta unción mesiánica ha de ser contemplada en relación con Lc.4,14-30, donde Jesús se presenta en la sinagoga de Nazareth leyendo el célebre texto mesiánico de Is.61,1-2:

“El Espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,
me ha enviado para proclamar la liberación a los cautivos,
y la vista a los ciegos,

para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor (Lc.4,17-19).

Allí concluye Jesús aplicando este texto a sí mismo: “Esta Escritura se ha cumplido hoy”(Lc.4,21; cf. Hech.10,38). El Bautismo ha de ser entendido como una unción del Espíritu. Para Lucas, Jesús se encuentra lleno del Espíritu Santo (Lc.4,1) y de su fuerza (4,14). A su vez, esta posesión de la plenitud del Espíritu lo conducirá en su combate con el Maligno (Lc.4,1-13). En el Bautismo de Jesús comienza a cumplirse y a realizarse la promesa del don escatológico del Espíritu.(Schürmann, 195). Jesús llevará adelante su obra en el Espíritu de Dios (Mt.12,18.28).

Ahora bien, durante el bautismo mismo, se escucha simultáneamente la voz del Padre, que declara: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado (salmo 2,7, de carácter mesiánico). La declaración sobre Jesús, en las versiones de Marcos y Mateo, recuerda también al Siervo de Yahvé de Is.42,1: “...(tú eres) mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones (cf. Mc.1,11; Mt.3,17, y también Is.11,2: “reposará sobre él el Espíritu de Yahvé...”)).

En Mateo, por su parte, ante la resistencia de Juan Bautista, el Señor responde que conviene que se cumpla toda justicia, en tanto Jesús vive y cumple la voluntad de Dios representando de cara a Dios a la humanidad pecadora (necesitada del bautismo) hasta su muerte, y ganando de ese modo el perdón de los pecados para todos. La imagen del Espíritu que desciende no deja de recordar el planear del Espíritu sobre las aguas en la primera Creación (LXX Gen.1,2) (Cf. Gnilka, Mt.78).

Jesús es el Hijo amado del Padre, y al mismo tiempo el Mesías ungido por el Espíritu Santo prometido. La teoría de que recién el Resucitado fue reconocido como ungido por el Espíritu y

consiguientemente como Hijo y Mesías (Rom. 1,3 y ss.), y que luego ello fue retroproyectado a la vida terrena de Jesús y a su bautismo parte del supuesto y el prejuicio de que la más antigua comprensión sobre Jesús fue no mesiánica (Bultmann).

Sin embargo, la tradición en torno al bautismo de Jesús (Lc.3,21.22; Mt.3,13-17; Mc.1,9-11), y el hecho de que su vida pública comenzara a partir de este hecho fundante de revelación, resulta históricamente convincente y confiable (Schürmann, 196). Ello no obsta a que aparezca también en el texto el motivo eclesiológico: a saber, que la Iglesia había de repetir sacramentalmente aquello que el Bautista había realizado con Jesús (Cf.Hech.2,38; 8,15 y ss.;19,5 y ss.).

2. Juan

‘Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y le dice: “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo. Y yo no lo conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel”. Y Juan dio testimonio diciendo: “He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre Él”. Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de éste es el Elegido de Dios” (Jn 1, 29-34).

El Cordero que quita el pecado del mundo ha de ser relacionado con Juan 19,36, donde Jesús es visto como el nuevo cordero pascual que muere a la misma hora en que los corderos pascuales eran muertos en el Templo, y que ahora, lanceado por el soldado, de su costado brota sangre y agua (Cf., por su lado, 1 Co. 5,7). De todos modos, la declaración de Juan –el Cordero que quita el pecado del mundo– parece aludir a la muerte expiatoria y representativa de Jesús, con un

recuerdo de Is.53,4 e Is53,7..(Cf. 1 Jn.3,5: “pero ustedes saben que él se manifestó para quitar el pecado y que él no tiene pecado”). La utilización cristológica del cordero “como degollado” aparece también, como es sabido en Ap. 5,6.12; 7,14.17;13,8

A su vez se expresa y confiesa la pre-existencia del Hijo “que existía antes que yo”.

Lo que en los sinópticos es narrado como un hecho, el descenso del Espíritu sobre Jesús y la declaración paterna sobre Jesús, en Juan es en cambio relatado narrativamente por Juan Bautista, quien declara haber visto la escena del Espíritu que baja y permanece sobre Jesús y que Jesús es el Elegido de Dios. Teológicamente relevante es este “permanecer” del Espíritu sobre Jesús, quien goza del Espíritu y dispone de El y por eso es quien bautiza con Espíritu Santo (vs.33).

Juan ve de algún modo toda la obra de Jesús como un bautismo en el Espíritu Santo, de modo que la misión de Jesús es vista en su articulación con la misión (económico-trinitaria) del Espíritu Santo.

3. El Misterio

Jesús comienza su vida pública como Siervo e Hijo de Dios llevado y animado por el Espíritu de Dios. Recordemos lo ya dicho, en el sentido de que el Bautismo de Jesús es un acontecimiento de revelación de su persona y de su misión profético-mesiánica. Se trata del descubrimiento de una realidad escondida donde se patentiza tanto su filiación trinitaria como su unción mesiánica y, consecuentemente, su misión mesiánica. Jesús recibe la fuerza del Espíritu con vistas a su misión.

De una manera semejante a la escena de la Transfiguración, la declaración paterna sobre el Hijo junto al don del Espíritu, muestran de un modo singular la relación del Padre hacia el Hijo Jesús, y constituye, de algún modo, la contracara paterna de las expresiones filiales de Jesús hacia su Abbá (Mc.14,36 par.).

“Vocación de un personaje único, visión de un vidente que ha superado las visiones, el bautismo de Jesús tiene por culminación la palabra divina que termina el relato: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco (Mc.1,11)”. Y esta palabra nos da el sentido último del episodio evangélico: nos hace remontar de Jesús al Padre. Expresa bien una reacción interior, pero esta reacción no es directamente de Jesús, es la complacencia y la alegría del Padre frente a Jesús (Guillet, 1971,54)”.

Por un lado, entonces, el Bautismo es una escena de revelación de Jesús en su relación hacia el Padre y al Espíritu Santo. Presentación teológica ante Israel y ante las naciones.

Pero por otro lado es preciso considerar también la acción-pasión a la que Jesús se somete bautizándose. Diríamos que nos encontramos ante una escena que implica un doble salto cualitativo de superación de la circuncisión (Lc.2,21) a la que Jesús también se somete, como asimismo superación del bautismo de Juan, que Jesús transforma de un bautismo sólo de penitencia en un bautismo en el Espíritu Santo y en fuego (Lc.3,16). Como dice san Gregorio de Nacianzo “Cristo fue bautizado para sumergir todo entero al viejo Adán” (Discurso 39, PG 36, 352).

Volvamos a Juan. Si la obra entera salvífica de Jesús puede ser contemplada como un bautismo en el Espíritu Santo, si la vida y la obra de Jesús desembocan o corren hacia el don del Espíritu (Jn.19,36, y especialmente Jn.20,21, donde podríamos decir, parafraseando a Juan a contrario sensu: ahora hay Espíritu porque Jesús ha sido glorificado: Jn.7,37), entonces, la escena del Bautismo –anterior, por cierto, a su glorificación– y en la que comienza su vida pública, contiene una suerte de síntesis simbólico real de la obra soteriológica entera de Jesús.

En este sentido, el bautismo es anticipación y símbolo del

Misterio Pascual de Jesús. Sabemos que en Marcos y en Lucas, por su lado, Jesús habla explícitamente de su muerte como un bautismo (Mc.10,38; Lc.12,50).

Además, es preciso ver el bautismo de Jesús como la acción representativa en la que Jesús (inocente, sin pecado) se somete al bautismo por nosotros, anticipando de ese modo su muerte representativa y su resurrección por nosotros.

Como dice acertadamente Jacques Guillet (a quien seguimos de cerca) Jesús se hace penitente por nosotros, viene a compartir y a abrir el espacio de nuestra penitencia en El. (Guillet, 1974, p.65)

Cuando lo vemos acercarse a Juan en medio de los pecadores y solidario con ellos, se pone en el lugar de los penitentes. De algún modo se encuentra allí en su lugar, en el corazón de su misión salvífica (G. 66). En el fondo, el hacerse penitente con los penitentes traduce una ley esencial de su ser y de su existencia.

“Para que la penitencia pueda desaprobar y reparar las profundidades del mal que nos habita y que extendemos en el mundo, es necesario que la penitencia nazca en profundidades que no podemos alcanzar, en una zona de la humanidad que el pecado no ha podido corromper, en un corazón idéntico al nuestro, y sin embargo, perfectamente puro, enteramente lúcido. Para que los hombres culpables hagan penitencia por sus propios pecados es necesario que un hombre sin pecado haga penitencia por ellos y se haga la fuente de la penitencia. Presentándose a Juan como penitente, y llevando “el pecado del mundo” desde este primer gesto, Jesús comienza a transformar el bautismo de penitencia en bautismo del Espíritu Santo, sólo capaz de quitar el pecado del mundo” (G.70).

El cumplimiento de toda justicia consiste, como decíamos, en vivir su misión en obediencia perfecta. Y su misión consiste justamente en vivir con los pecadores. Jesús se hace penitente con nosotros en su vida entera, y especialmente en su Pasión y en su Muerte,

donde experimenta y sufre hasta el final el pecado y la violencia, permaneciendo siempre intacto en su amor inerme, sin contacto ni contagio alguno con la lógica de la devolución del mal por el mal. Soportando el pecado y la violencia hasta la muerte, pero permaneciendo allí siempre en su amor lleva (en forma misteriosa) nuestros pecados y se hace penitente *pro nobis*.

Pues bien, el bautismo es justamente una escena simbólico real en la que se concentra y anticipa de un modo singular el misterio pascual de Jesús. En la Cruz, Jesús se va a sumergir (y va a resurgir-resucitar) no ya en el agua del Jordán, sino en el agua de la muerte entregando su vida, en cumplimiento de la misión paterna, por todos.

Pero también el bautismo de Jesús es imagen del bautismo sacramental que celebra la Iglesia y en este sentido el Jordán es símbolo del agua del bautismo: "...o es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado..." (Rom.6, 3-6). Por eso Sto. Tomás afirma que "Cristo quiso ser bautizado para consagrar por su bautismo el que nosotros recibiríamos. Así, el bautismo que recibió debía manifestar lo que pertenece a la eficacia de nuestro bautismo" (S.Th. III, 39,5 c).